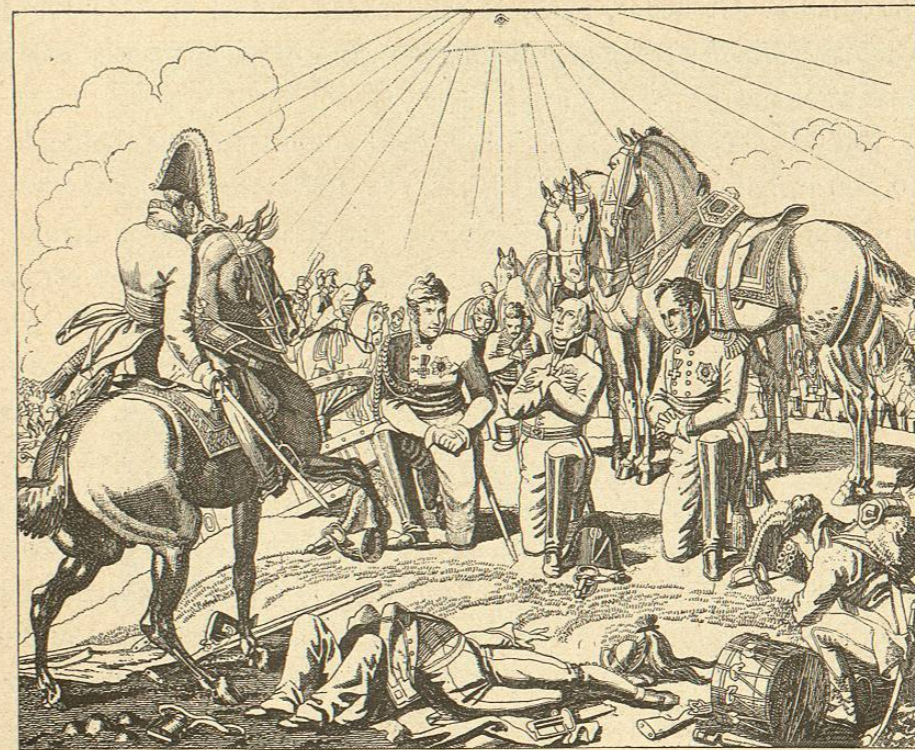


esta victoria obtuvo el título de príncipe de Wahlstatt, obligóle á repasar el Katzbach y después el Bober, ocasionándole una pérdida de 20.000 hombres, muertos, heridos ó prisioneros, y 100 piezas de artillería. También fué desastrosa la marcha de Oudinot hacia Berlín, siendo rechazado por Bernadotte hasta el Gros-Beeren y precisado á replegarse hacia Wittenberg, cuya derrota obligó á Davout á evacuar Weimar, de que se había apoderado. Ney recibió el encargo de reparar este desastre, y Napoleón, dejando tres cuerpos en Bohemia, se disponía á apoyarle con 50.000 hombres cuando las noticias que recibió del ejército de Macdonald le impidieron marchar sobre Berlín. El mariscal Ney fué destrozado en Dennewitz, y no se detuvo hasta los muros de Torgau. Bernadotte se detuvo á orillas del Elba. Los aliados formaban en este momento un semicírculo desde Wittenberg á Toeplitz, por Bautzen, consistiendo su plan en colocarse á retaguardia de Napoleón, uniéndose todos en Leipzig para cortarle el camino de Francia. Schwartzberg pasó, pues, el Elster por Commotau (3 de Octubre), mientras que Blucher llegaba á Wittenberg y se reunía con Bernadotte para marchar inmediatamente al punto de reunión.

Napoleón pasó dos días pensando su plan, mientras que Blucher, remontando el Mulda, y Schwartzberg siguiendo su curso descendente, se aproximaban, privándole el poder derrotarles aisladamente; este fatal retraso fué la causa primordial del desastre de Leipzig. El Emperador no sabía retroceder á tiempo, y había olvidado lo que el joven general Bonaparte había hecho en dos distintas ocasiones delante de Mantua. No fué ésta su única falta, pues al decidirse por fin á abandonar la línea del Elba, dejó en Dresde los dos cuerpos de ejército de Gouvion Saint-Cyr y de Lobau, «lo cual era conservar lo accesorio,—dice York de Wartenburg,—comprometiendo lo esencial, ó sea una gran victoria, pues tras una victoria hubiera recobrado Dresde, y los dos cuerpos que dejó en ella le faltaron desgraciadamente en el campo de batalla de Leipzig, en donde debía decidirse, no sólo la suerte de Dresde y de Sajonia, sino la de Alemania y la de toda Europa. Aquí se ve la terquedad del monarca, que se niega á admitir la posibilidad de que pueda verse obligado á abandonar una sola de sus conquistas, temiendo la impresión que pueda producir cualquier paso que dé hacia atrás y temiendo con bastante razón por la existencia de

su poder, fundado únicamente en la fuerza, así que se ponga de manifiesto que ésta no es la misma de otro tiempo.» Napoleón pensó por un instante en cambiar su línea de operaciones, haciendo de Magdeburgo su punto de apoyo, y en operar en la orilla derecha del Elba, incorporando á su ejército las guarniciones de las plazas ribereñas de este río, del Vístula y del Oder, elevando así sus fuerzas á unos tres-



El momento solemne de la batalla de Leipzig. Los soberanos aliados, de rodillas, dan gracias al Todopoderoso por la victoria alcanzada. (Copia de un grabado alemán de la época)

cientos mil hombres. Este hermoso plan fué desgraciadamente abandonado por razones que nada tenían de estratégicas. Napoleón sabía perfectamente que se había debilitado de un modo extraordinario la confianza que inspirara en otro tiempo, y en esta ocasión hubiera parecido que se cerraba los caminos de Francia; y como dice Fain, dada la ansiedad que se habría apoderado de los ánimos, no hubieran querido siquiera comprender algo de las combinaciones del Emperador, por grandes que fuesen.

Napoleón fijó Leipzig como punto de reunión de su ejército. Ney

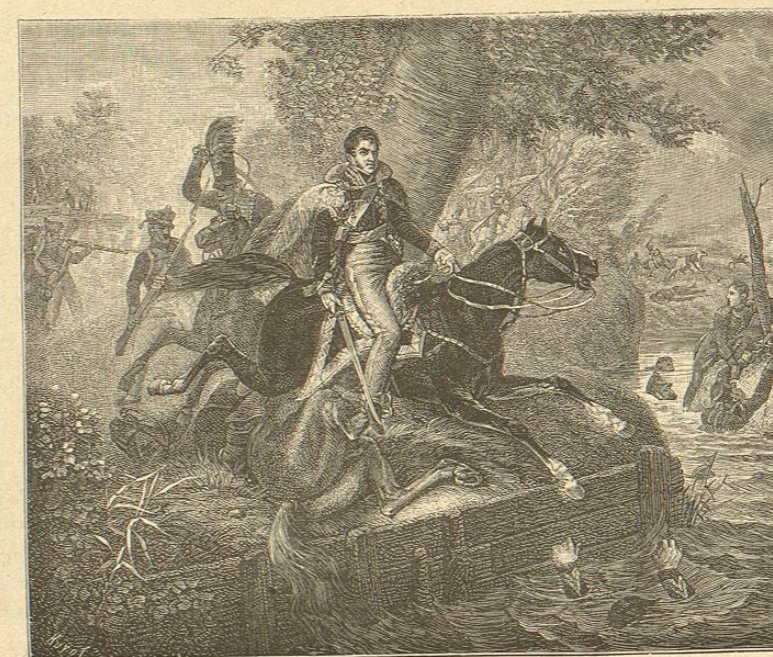


debía reunirse después de volar los puentes del Elba. Napoleón llegó el 14 á Leipzig, confiando que tendría tiempo suficiente para derrotar á Schwartzberg, á quien consideraba, con motivo, como el mejor general de la coalición, antes de que Blucher, á quien creía todavía muy lejos, bubiese podido llegar en su auxilio. Derrotaría inmediatamente á Blucher, antes de la llegada de Bernadotte y del ejército del Norte, aprovechándose de estas victorias para imponer sus condiciones á los aliados. Alrededor, pues, de esta ciudad, donde en otro tiempo se habían librado ya célebres combates, iba á darse ahora «la batalla de las naciones.»

En dos días se reunió en ella todo el ejército francés, reducido á 140.000 infantes y á 20.000 caballos (15 de Octubre), y ocupó todas las puertas, cerrando todos los caminos del Elba. Napoleón dirigió á Bertrand con 15.000 hombres hacia Lindenau, para cubrir el camino de Lutzen; colocó á Ney sobre el Partha con 45.000 hombres, para contener á Blucher, que llegaba por Halle, y á Bernadotte, que había llegado á Zerbig; mientras que él, con 100.000 hombres, esperaba derrotar á los 130.000 de Schwartzberg; su derecha se apoyaba en el Pleiss, tenía su centro en la rambla de Wachau y su izquierda en el camino de Colditz. Schwartzberg, tratando de impedir la concentración del ejército francés y de dar tiempo á que llegasen Blucher y Bernadotte, emprendió el ataque, dejando á sus espaldas 50.000 hombres mandados por Benningsen y Colloredo, lanzando tres enormes columnas contra las posiciones francesas, que fueron perdidas y reconquistadas hasta seis veces consecutivas (16 de Octubre), siendo definitivamente rechazado el enemigo, con grandes pérdidas, pero quedando indecisa la victoria. Al mismo tiempo, Ney fué atacado por Blucher y rechazado hacia el Partha con una pérdida de 2.000 hombres. Bertrand se apoderó de Lindenau y derrotó á Giulay.

«Napoleón intentó una nueva batalla, lo cual fué una gran falta, pues el enemigo iba á ser reforzado con más de 100.000 hombres y nosotros sólo esperábamos un refuerzo de 12.000 sajones. El Emperador replegó sus líneas y concentróse entre Connowitz y Schoenfeld, con el centro en Probstheyda, teniendo la precaución de preparar la retirada, para lo cual dió orden de construir puentes sobre el Elster, orden que Berthier no cumplió y que fué causa de un gran desastre. El enemigo

no atacó aquel día, pues Bernadotte y Benningsen no llegaron hasta el día siguiente; entonces los aliados avanzaron por todas partes, en número de 300.000 hombres, con 50.000 caballos y 1.200 cañones, encerrando en su semicírculo de tres á cuatro leguas de extensión á los 140.000 franceses replegados en Leipzig. Espantosa fué la batalla (18 de Octubre); los aliados atacaban en grandes masas y daban verdaderos asaltos á las columnas francesas, causándoles pérdidas enormes;



Muerte del mariscal Poniatowski al atravesar el río Elster. (Copia de un cuadro de Horacio Vernet)

pero reemplazaban de continuo sus tropas ya cansadas con tropas de refresco, tratando únicamente de matar, aunque cada hombre les costase dos vidas, perfectamente seguros de conservar siempre su superioridad numérica. Los franceses, que, según nuestros mismos enemigos, no habían combatido nunca con tanto valor, conservaron sus posiciones en la derecha y el centro, pero en la izquierda una horrible traición les hizo retroceder un momento: los 40.000 hombres que la constituían estaban batidos en brecha por 100.000 hombres y 300 cañones, que dirigía Bernadotte, cuando de pronto los 12.000 sajones, que constituían la tercera parte de esta ala, se pasaron á los Rusos, formando entre sus filas, y cediendo al ruego de Bernadotte,



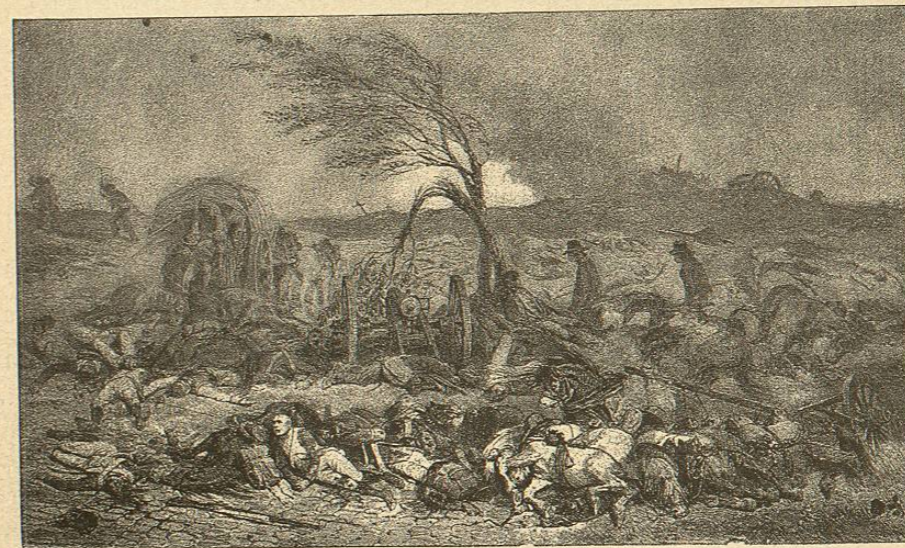
descargaron toda su artillería á boca de jarro sobre los compañeros que acababan de abandonar. Napoleón acudió á este punto con su guardia y se conservó esta posición, como las demás. La noche puso fin á la carnicería: 60.000 hombres cubrían el campo de batalla.» (LAVALLÉE).

Sin embargo, era preciso disponer la retirada, pues faltaban municiones, de las que se empezó á carecer desde el día 15, faltando poco para que el gran parque de artillería, que por un momento quedó abandonado, cayese en poder del enemigo; salvólo el general Neigre, pero el material de puentes quedó olvidado y obligado á refugiarse en Torgau, mientras que en Leipzig habria podido ahorrar un desastre.

Estas faltas, más que á Napoleón, deben achacarse al desorden que reinaba entre su estado mayor, reflejo fiel del de el ejército. No hay duda que no se ve en el Emperador toda su maravillosa penetración, que se mostraba poco cuidadoso de los detalles; y precisamente en este momento, cuando Napoleón necesitaba confiar á sus lugartenientes una parte de su carga, los encontraba más fatigados aún que él, remitiéndose los generales unos á otros las órdenes y declinando su responsabilidad. El mismo Berthier, cuyo espíritu claro por lo general decaía de una manera sumamente sensible, pareció hallarse poseído de una especie de fascinación.

Mientras tanto, desde la noche del 18, comenzaron á marchar los bagajes por el camino de Lindenau, largo desfiladero de dos leguas cortado por varios canales y en el que sólo había una línea de puentes, por donde, á causa de no haber construído otros, tenía que pasar todo el ejército y todo su material. Era preciso, pues, dar una tercera batalla para ganar el tiempo necesario para operar la retirada. Los cuerpos de Víctor y de Augereau iniciaron el movimiento, mientras que Marmont defendía el barrio de Halle y Ney el arrabal del Este; Lauristón, Macdonald y Poniatowski formaban la retaguardia, defendiendo las puertas del mediodía. «Los aliados se negaron á todo arreglo en virtud del cual se hubiese librado á Leipzig de los horrores de una ciudad tomada por asalto, y atacaron los arrabales con verdadero furor. Blucher se apoderó del de Halle y Benningsen de las puertas meridionales, reproduciéndose la lucha en las murallas, en las calles y en las casas. La ciudad estaba sem-

brada de equipos, armamentos, combatientes y fugitivos. Entretanto Víctor, Augereau, Ney, Marmont, la guardia y el Emperador habían rebasado Lindenau, Lauristón maniobraba para hacer otro tanto: bastaban dos horas de resistencia para salvar la retaguardia; pero las descargas que por todas partes caían sobre el puente del Elster hicieron creer á los zapadores encargados de volarlo que había llegado el momento oportuno, y pegaron fuego á la mina; 30.000 hombres y 150 cañones quedaban incomunicados en la ciudad. La desesperación



Después del combate. (Copia de un dibujo de Raffet)

se apoderó de estos valientes, y mientras unos se defendían hasta la muerte en las casas, los otros se arrojaron á los profundos y cenagosos canales del Elster.» (LAVALLÉE).

Macdonald y Poniatowski, montados en sus caballos, se lanzaron al río. Macdonald pudo alcanzar la otra orilla, pero Poniatowski, que estaba herido, fué arrastrado por la corriente: esta muerte trágica acabó de hacer popular su nombre en Francia, cuya gloria ha sido sancionada por Beranger y Horacio Vernet. El rey de Sajonia, que no tenía parte alguna en la traición de sus tropas, Reynier, Lauristón y quince generales más, quedaron prisioneros. En los tres días que duró esta batalla, la más terrible de los tiempos modernos, los franceses perdieron 50.000 hombres, 20.000 de ellos muertos ó heridos.